CAPÍTULO II.

LA IGUALDAD.

I.

Se puede aplicar plausiblemente á la política la tésis filosófica de la no-discernibilidad: «no se pueden hallar dos cosas perfectamente iguales en *cantidad* y en *calidad*.» Es decir, no puede haber dos cosas con la misma cantidad intensiva y extensiva, con el mismo grado de vida, y con igual grado de magnitud, con idénticas condiciones físicas y morales; porque estas dos cosas, ocuparian el mismo lugar en el tiempo y en el espacio, interrumpiendo la ley de sucesion y la ley de continuidad; serian dos cosas idénticas, serian lo que dos líneas rectas que

tuviesen dos puntos comunes, serian dos indiscernibles, serian un imposible metafísico; y Leibnitz tenia, por consiguiente, razon, cuando negaba á la divinidad el poder de crear dos cosas enteramente iguales.

II.

La desigualdad individual es una produccion orgánica. Un hombre se distingue de otro, ó por la mayor ó menor delicadeza de su constitucion física, ó por la distinta perfeccion de sus órganos, ó por la diferente capacidad de su inteligencia, ó por las dotes diversas de su sensibilidad, etc., etc. Los diferentes grados de sensibilidad, de inteligencia, de virtud y de poder, constituyen las desigualdades individuales, estas las domésticas, y las desigualdades ya individuales ya domésticas producen en sus relaciones con la sociedad las desigualdades políticas.

Pongamos el mundo en órden. Y el modo de poner nosotros el mundo en órden es que no le desordenemos con números, pesos y medidas arbitrarias; respetando la voluntad de Dios, que formó el universo con peso, número y medidas naturales.

La desigualdad nace, y la igualdad se hace. A los linajudos que quieren perpetuar la desigualdad con el látigo, y á los niveladores que aspiran á establecer la igualdad con la guillotina, seria menester cortarles las manos para que no tocasen las obras maestras cuyos cimientos ha echado el mismo Dios. Ya que la desigualdad de capacidades supone la desigualdad de destinos, rogad á la ley que no se meta en contrariar al derecho, que respete esos altos y bajos del mundo social providencial, y perseguid como á las fieras á esos niveladores y desniveladores que quieren alterar los fundamentos de ese órden social que Dios ha establecido desde el primer dia de la creacion.

Así como en los tiempos antiguos la desigualdad era una manía, en los modernos la igualdad es una preocupacion.

III.

La desigualdad de naturalezas es un principio fundamental, porque toda sustancia es más ó ménos *extensa*, y más ó ménos *intensa*, y áun en igualdad de *intension* y de *extension*, la existencia en diferen-

tes momentos del tiempo y del espacio, haria que dos naturalezas que fuesen iguales pareciesen diferentes. Al famoso principio de los indiscernibles, de que no pueden dos cosas ser exactamente semejantes en *cantidad* y *cualidad*, porque tal semejanza no seria otra cosa más que la identidad misma, objeta Kant que dos objetos pueden bien ser perfectamente semejantes, porque si ellos no existen ni en el mismo sitio ni en el mismo instante, no pueden confundirse. Kant era un maniático que tenia la pretension de lanzar en el torbellino de lo contingente los invariables principios de la metafísica. La diferencia de los lugares y de los tiempos, de otro modo llamada la diferencia numérica, ¿no basta á crear la distincion, ó sea la individualidad de las cosas? El diferente tiempo y el diferente espacio, ¿no son dos *modos de ser* de las cosas que alteran su semejanza y su igualdad y que alteran por consiguiente su *identidad*?

IV.

Los revolucionarios se empeñan en hacer lo que no puede hacer Dios: dos cosas iguales. Ya hemos visto que dos cosas enteramente iguales son un imposible metafísico; ahora probaré que es por consiguiente tambien un imposible político-moral.

Empecemos por sentar esta frase que se debe precisamente á una de las más famosas sectas de los igualadistas: «á cada uno segun su capacidad, y á cada capacidad segun sus obras.» Esto es profundamente jerárquico y profundamente justo. La diferencia de aptitudes produce la multiplicidad de ocupaciones; estas, la proporcionalidad de las recompensas; estas, la diversidad de consideraciones; estas, la multiplicidad de jerarquías; estas, la variedad de clases; y todas juntas, la desigualdad de condiciones, de estados y derechos.

Para poner el mundo en órden, es menester desterrar de él para siempre la igualdad. ¿Por qué? Porque para igualarlo todo, seria menester desquiciarlo todo, elevando lo bajo, y rebajando lo alto; quitando á cada cosa su nivel natural, para darle una situacion artificial y forzada. La verdadera igualdad consiste en la libertad de las cosas; y la libertad de las cosas se efectúa buenamente, cuando la ley no se mete inoportunamente ni á igualarlas ni á desigualarlas. La fuerza natural de las cosas las coloca perfectamente en su lugar, cuando la ley no tiene la pretension de descolocarlas para ponerlas mal.

V.

Sólo la iglesia católica es la única sociedad jerárquica por esencia, y por esta misma razon es la única tambien esencialmente igualitaria. Ella fué la primera en el mundo que, abriendo su seno á todas las capacidades indistintamente, ofrecia sus cargos y sus honores al solo ascendiente del saber y de la virtud. El cristianismo, hasta socialmente hablando, reconoce y remunera el mérito personal, sin atenerse al órden de las categorías sociales. Y tiene sobre las demas instituciones humanas, la singular ventaja de no considerar la inteligencia, por sí sola, como una fuerza arbitraria, sin más direccion que la voluntad del hombre y el interes del individuo, sino dirigida por la virtud, que es el íntimo sentimiento y la profunda conviccion de los propios deberes, esto es, la razon y la justicia, en el más alto grado de moralidad posible. Miéntras las sociedades políticas deifican á los Augustos, á las Catalinas y á los Pombales, ilustres malvados, llenos de inteligencia, pero sin ninguna probidad, la iglesia santifica solamente á los que son grandes, así en el órden de las

ideas de magnitud como en el grupo de las ideas de perfeccion, reuniendo las altas nociones de la inteligencia á las nobles cualidades de la virtud. Si la iglesia considera alguna vez á los hombres imperfectos, es más bien á los pobres de espíritu y de limpio corazon, que á esas naturalezas híbridas, que suele celebrar el mundo, de levantada inteligencia y de bajo corazon. Sólo la inteligencia regulada por la virtud se hace digna de gobernar á los pueblos.

VI.

Las escuelas filosóficas resuelven la cuestion de la igualdad, cada una con arreglo á la clave respectiva de su sistema. El espíritu del materialismo sólo reconoce en los hombres meras individualidades organizadas y vivientes, sin ninguna referencia más que a su existencia exterior y sensible. El panteismo ennoblece hasta lo más vil, para envilecer hasta lo más noble. El espiritualismo, por medio de la doctrina cristiana, realza el sentimiento de la dignidad humana diciendo á los hombres «todos sois unos para Jesucristo», sancionando la igualdad ante la justicia de Dios, sin desatender la desigualdad

ante la política, que es la ley de los hombres; y al paso que proclama por hermanos á todos los hombres, no por eso destruye la organizacion jerárquica de las sociedades políticas.

Para el materialismo todos los hombres son iguales, porque todos son unos brutos.

Para el panteismo todo es igual, porque todo es divino, y en él son tan dioses los brutos, como brutos son los dioses.

Para el espiritualismo todos los seres son desiguales, todos son más ó ménos grandes, más ó ménos pequeños, segun se acercan más ó ménos á Dios, ó más ó ménos al bruto.

Las escuelas políticas, que guardan relacion con las filosóficas, ponen en práctica las teorías á que corresponden. Ejemplo:

Los revolucionarismos cesarianos, los despotismos, para desnivelar, hacen brutos de la mayoría de los hombres.

Los despotismos democráticos, los revolucionarios, para nivelar, hacen hombres de la mayoría de los brutos.

Sólo las monarquías, sólo la libertad, sólo la desigualdad natural hace hombres á los hombres, y deja siendo brutos á los brutos.

VII.

Con unos cuantos legisladores ménos, ganaria mucho la libertad, y, como su inmediata consecuencia, la igualdad. Todo legislador oficial suele caer en la tentacion de querer inventar una especie de *física social*, que considere la sociedad como una inmensa máquina material compuesta de móviles y resortes ciegos y puramente mecánicos. Estos filósofos de curia, ignoran que la ley no es la que hace la justicia, sino que es la llamada á evitar la injusticia. A imitacion de la tabla rasa inventada por los materialistas para suponer al entendimiento despojado de todo gérmen de ideas preexistentes, ellos hacen tabla rasa de la sociedad para reorganizarla, ya sobre una desigualdad irritante, cual ya la historia la ha visto con escándalo, ya sobre una igualdad política bochornosa, cual espero que nunca se verá. Aún quedan dos clases de estos manipulantes de amasijos sociales: unos que, sin saberlo, son herederos de las ideas del antiguo paganismo, y otros que, impregnados de lo que ellos llaman progreso del siglo, son sencillamente unos revolucionarios. Los primeros, así como su padre el paga-

nismo, exageran el principio de la desigualdad que acaba en la esclavitud, y casi llegan á creer en la existencia de dos razas humanas, destinadas, la una para mandar, y la otra para obedecer; y si no de dos razas, por lo ménos de dos clases de hombres, una la de los señores, y otra la de los esclavos, poseedora aquella, y esta poseida. Los segundos, es decir, los revolucionarios, facedores de las leyes igualitarias, han exagerado el sentimiento de la dignidad humana, fascinando á sus prosélitos con el vivo resplandor con que ha mostrado el cristianismo la igualdad de la naturaleza ante la ley moral, pero sólo han sido lógicos á medias, pues no han querido deducir, al mismo tiempo, las consecuencias de la desigualdad de su naturaleza ante la ley política. El cristianismo, detestando el principio de dos razas, opresora y oprimida, sostiene que donde quiera que exista una minoría civilizada y una mayoría ignorante, esta diferencia determina con la mayor legitimidad y para el interes de todos las desigualdades políticas.

La desigualdad de civilizacion, así como la desigualdad de los indivíduos, es una produccion orgánica.

La diferencia de aptitudes da la diferencia de categorías.

El hombre es hombre por su inteligencia y por su carácter, y sólo los que tienen más inteligencia y más carácter, sólo las clases ilustradas, son las que tienen derecho á gobernar, porque son las únicas que pueden gobernar con ilustracion. Sólo lo civilizado es lo civilizador. Lo que no es gobernado por las luces, lo es por las pasiones. Aquellos que se revelan contra las clases civilizadas, tienden al estado de naturaleza y corren á la servidumbre, y á la peor de todas las servidumbres, porque sujetan la inteligencia á la ignorancia, lo que es superior á lo que es inferior. Y cuando se separa el poder de la inteligencia, el poder obra con una fuerza ciega y brutal.

Para deducir una absoluta igualdad de derechos, seria menester partir de una completa igualdad de inteligencia; y partiendo, como la escuela revolucionaria, del supuesto principio de una igualdad absoluta en la aptitud, capacidad é inteligencia de los hombres, sólo iríamos á encontrarla en el estado de naturaleza, porque sólo las hordas de los iroqueses poseen la igualdad de la ignorancia.

Tenia razon Séneca: la muchedumbre es argumento de falsedad. Siendo por lo general la clase instruida la ménos numerosa, el resultado claro é inmediato de la igualdad absoluta en los derechos,

del sufragio universal, seria el de colocar la sociedad bajo el gobierno de la ignorancia. ¡Maldicion en tal principio de tinieblas! No, no; sólo en pueblos de perdidos podrá reinar por excepcion, y durante un período de fiebre, la soberanía de la ignorancia. Este principio siniestro sólo puede brillar como un relámpago en los dias negros de la historia, porque es inconcebible para el entendimiento, porque es contradictorio en sí mismo, que la razon humana pueda transigir con la pretension absurda de una igualdad absoluta en los derechos políticos, fundándola, como no puede ménos de fundarse, en una desigualdad perenne y evidente para ejercerlos; esto es imposible, y no de una imposibilidad pasajera, sino de una imposibilidad incondicional, absoluta, metafísica.

Nada hay más absurdo que arrancar de la inteligencia la direccion de los negocios del mundo, no ver en el fondo de la sociedad sino una coleccion de unidades, aplicar á la sociedad la pura ley material del número, no reconociendo sino las adiciones de individuos, y desconociendo enteramente las proporciones intelectuales y morales. Lo digo con sentimiento; no hallo palabras bastante acerbas con que anonadar á los filósofos visionarios del optimismo social, pues sé que lo que empieza en las

alturas de una metafísica deforme, acaba en los abismos de una lógica salvaje. Si la igualdad no fuese un imposible metafísico, los filósofos de la democracia vendrian en seguida á decirnos que el sufragio universal era el más sagrado de los derechos; y despues los demócratas prácticos sostendrian que el derecho de insurreccion era entónces el más santo de los deberes. Pero afortunadamente seria menester que la humanidad entera viniese á ser una grande horda indisciplinada, errante entre ruinas, y en sociedad con los tigres, para que sobre el aniquilamiento universal de todas las nociones de verdad y de virtud, de un pasado glorioso, y de una tradicion moral divina, los enmendadores de los planes de Dios pudiesen colocar la piedra angular de su igualdad absoluta.